

dianamente acondicionada; con el tío Juan, el conductor, un pobre hombre que se caía de viejo, tardo por el peso de los años, y según los maliciosos por otros pesos que nada atañan con la edad, y sí al fruto último de las viñas del término, sin otro medio de locomoción que el calmoso burro que le servía de cabalgadura, flaco y débil en fuerza de una penitencia continua y allá, allá coetáneo de su amo, cómo iba á cumplir su importante cometido según mandan Dios y las ordenanzas del cuerpo! ¡Imposible! El más leve soplo de viento era capaz de llevarse en sus alas cartero y rucio, sin contar con que en el invierno se interceptaba el camino por la nieve y sin tener en cuenta que el campo todo se inundaba con frecuencia en la estación de las lluvias, merced á los arrebatos del río vecino; pues hasta ahora no se sabe que comprenda al agua, lo de aguardar á un funcionario público, siquiera se tratase del tío Juan, los fueros y preeminencias que le corresponden, y que rezan los títulos administrativos. Eso sin hacer mención de que el cartero echaba sus sueños en el tránsito de la estación del ferrocarril al pueblo, y de que más de una vez se había dado el caso de perderse pliegos con valores y aun la propia balija repleta de correspondencia.

Pero si tarde, y en ocasiones con veinte y cuatro horas de retraso, no le faltaba nunca á Petra su carta dos días á la semana. El tío Juan llegaba á la aldea entre dos luces, cuando la claridad huía monte arriba acosada por la sombra, y la muchacha solía esperarle afanosa á la puerta de su casa. Por fin, tras de mucho impacientarse y tras de mucho ir hasta una esquina próxima desde donde se divisaba la lejanía, asomaba á la entrada de la calle la silueta del conductor, y anocheciendo entonces, de tal modo la alegría le llenaba á Petra el alma de resplandores, que se le antojaba el tío Juan el mismísimo Apolo, dándole suelta á la explosión de rayos de sol de amanecida.

Aquellas cartas periódicas eran para Petra las rosadas auroras de la ausencia, radios claridades fugaces como relámpagos, que despejaban de cuando en cuando la eterna noche de su forzosa separación, por obra y gracia de la malhadada carrera de medicina que el novio estudiaba. Y por otra parte, semejantes epístolas, jamás interrumpidas, probaban bien á las claras lo firme del cariño del estudiante, que es la ausencia la piedra de toque del amor donde se depuran y aquílatan las pasiones, y acusaba ser de muy buena ley la del que con tan constante conducta atestiguaba dónde tenía puestos sus pensamientos.

Dos, tres, cuatro veces, de la cruz á la fecha, renglón por renglón, párrafo á párrafo, se leía la muchacha todas las cartas. Estudiaba el sentido de cada frase, la intención de cada inciso, el valor de cada coma, el enigma de cada hilera de puntos suspensivos, y con el alma refrescada por el blando rocío de los recuerdos y la vista anublada por las dulces lágrimas de la esperanza, aprendíase cada epístola punto menos que de memoria, y no abandonaba una hasta que otra venía á reemplazarla tres días después, tres eternos días que no se acababan nunca, como si Josué anduviera en el ajo para alargarlos.

¡Y si al menos, y ya que era la ausencia inevitable, hubiese podido recibir la muchacha más á menudo noticias del novio!... ¡Todos los días... por una carta diaria habría dado ella media vida! Pero ¡ah! que el deseo tocaba en las lindes de lo absurdo mientras fuera el tío Juan el rápido conductor del correo, y mientras el silbido de la locomotora no ensordeciese con sus ecos aquellos valles. Entonces, entonces sí que sería completa la felicidad de la moza, cuando el vapor salvando las distancias, la trajese todas las tardes la epístola codiciada. Bendito de Dios el progreso!

II

Pronto iba á cumplirse un año que los railes de la vía férrea, cruzando montes y vegas en interminable y doble línea que formaba elocuente dibujo sobre la tierra, tocaban en el pueblecito de Petra. No muy lejos de su casa alzabase la esbelta estación, y todas las mañanas despertábalo á la muchacha el pitar de la máquina que llenaba de silbidos alegres aquellos parajes. Ea, ya podía llamarse contenta, ya el influjo de la civilización se extendía hasta tan apartados sitios, ya el estrépito de los trenes en marcha ensordecía allí el espacio con sus broncos rumores de terremoto, ya la pujante locomotora, rugiendo de impaciencia, venía todos los días al lugar á decir á la enamorada Pe-

tra, con el feroz silbeo del vapor: fu. . . . fu. . . . fu. . . . chas. . . . chas. . . . chas. . . . fu. . . . fu. . . . fu. . . . vuuii. . . . ¡ En el wagón del correo traigo tu carta. . . . fu. . . . fu. . . . vuuii. . . . Entonces no había ya temor de que se desbordase el río, ni la nieve importaba un bledo, ni era cosa de preocuparse por los sueños del tío Juan, porque aquel tío Juan de hierro, de encendido vientre y potentes pulmones, no se dormía jamás en el ejercicio de su cometido.

La moza creyó volverse loca de júbilo, cuando se enteró del proyecto de hacer tocar la línea férrea en el pueblo, y no quiso creer que fueran los hombres los encargados de realizarlo. A su juicio sólo ángeles podían acometer tal empresa, porque á la muchacha no le cabía duda de que la idea de enlazar el lugar con la capital en que su novio estudiaba procedía directamente del cielo. ¡Iba por fin á tener la anhelada carta diaria!

Pero ¡ay! que el monstruo de hierro fuerte y arrogante vino á hacer bueno al pobre tío Juan tan débil y muchacho. Al principio llegaron al pueblo las cartas del ausente, como Petra deseaba; ella misma las recogía en la estación. ¡Con qué gusto le hubiera dado entonces un beso á aquella complaciente máquina que le traía la felicidad en su seno! Después el novio descuidó algo su correspondencia; las enfermedades, los quehaceres, los estudios. . . . ¡Qué triste le sonaba en esos días á la muchacha el pitar de la locomotora! Luego se pasaron algunos turnos sin recibir Petra la epístola que le correspondía, por mutuo acuerdo de su amante. La primera vez que esto aconteció echóle al tren la culpa. ¡Bien podía haberse esperado para recoger la amatoria misiva! . . . ¡Qué se la iba á hacer! . . . Llegaría á la siguiente mañana. La falta se repitió, la muchacha escribió en seguida furiosa, amenguaron sus entusiasmos por el ferrocarril, y ocurriósele si el achacoso tío Juan no le traía carta diaria, en cambio no dejaba de entregársela, siempre que ella salía á la puerta á esperarlo.

Volaron unos tras otros los meses, cruzáronse entre Petra y su novio cartas explicatorias, los celos metieron baza en el asunto, se sucedieron como consecuencias pliegos enteros de acusaciones recíprocas, y el ausente concluyó por no volver á coger la pluma para escribirle por darle un adiós definitivo al pueblo. En vano ella se gastó un dineral en sellos, inútilmente le envió epístola tras epístola hablándole con el alma; sólo obtuvo el más desdeñoso silencio por respuesta y entonces la muchacha, herida por modo tan brusco en su dignidad de mujer, mustias sus ilusiones, agobiada por hondas penas, tornó los ojos del espíritu á aquellos tiempos dichosos, en que tantas rabieta la producía la calma de cabalgadura del tío Juan, y al considerarlas mucho más amargas que el tren la había ocasionado, maldijo con su corazón al vapor y maldijo al progreso, sin caer en la cuenta la pobre despreciada que la felicidad ha tenido siempre andares de burro, mientras que el desengaño vuela con alas de locomotora.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

Madrid.

EL MESON DE LA CALLE DE SAGUNTO.

Toda esta multitud se halla contenida por algunos soldados y ediles encargados de mantener el orden y conservar libre el paso de la calle, dejando el espacio suficiente para que puedan transitar por el medio de ella dos hombres á caballo. No lo consiguen sin grande esfuerzo, y sin dejar de oír protestas ó interjecciones por parte del pueblo, que murmura y se exalta ante las bruscas maneras de la fuerza pública; pero se apiñan unos sobre otros, cuando los soldados pasan, cierran los labios y obedecen.

—Es particular, dice uno de aquellos ediles dirigiéndose á su compañero; nunca pudo creer que dos hombres oscuros, prosos y maniata-dos, excitaran tan vivamente la curiosidad de todo ese pueblo que ahí agolpa para verlos pasar, como si se tratara de coronar al César de Roma ó de tributar los honores del triunfo á un general conquistador.

—Te expresas así porque ignoras el interés que despiertan en el pueblo de Valencia, esos dos hombres que van á llegar de un instante á otro.

—Sí que son cristianos y esto basta.